



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

F de Fantasma

Luis Alberto Henríquez Hernández



PRIMER PREMIO 2018

F de Fantasma

Luis Alberto Henríquez Hernández

F, de fantasma

(Autor: VI+RIOL)

Cerré los ojos mientras sentía el vacío bajo los pies y la brisa acariciando mi cara. Un momento de lucidez atravesó mi desquiciada mente, haciéndome dudar justo en el preciso momento en el que salté de la cornisa. Un puñado de hojas manuscritas me siguió desordenadamente en aquel último viaje, cayendo de forma aleatoria y silenciosa, esparciéndose por el pavimento, derramando tinta azul y desesperanza.

Había aceptado aquel puesto a regañadientes. Bastante ocupado estaba en mis labores diarias como para encima encargarme de la gestión de un puesto de dirección en el Rectorado. Por otro lado, agradecía la confianza que depositaban en mí para un cargo como el ofertado y, de alguna forma, me hacía ilusión salir en el área de gobierno de la página web de la universidad. «Es un trabajo sencillo. Si te organizas bien, no te llevará más que un par de horas de trabajo extra a la semana» —me habían dicho—. Nada más lejos de la realidad. Aunque debo reconocer que tenía su encanto y suponía un reto personal, la realidad era que requería mucho más que un par de horas de trabajo extra. Pronto me vi atrapado en una dinámica laboral nueva que me exigía una dedicación intensa en horario de tarde. Tampoco es que me pudiera quejar. Disponía de despacho propio —aunque compartido—, ordenador nuevo y hasta un teléfono institucional con agenda. ¿Qué más podía pedir? Durante las primeras semanas descubrí que no era yo el único que ocupaba distintas dependencias en aquel enorme edificio. Éramos varios los que coincidíamos a diario a última hora de la tarde en la cafetería, justo antes de que echara el cierre, para tomar un último refrigerio y afrontar así unas horas de trabajo que no entraban en nómina. No obstante, la curva de aprendizaje del cargo se hacía más larga de lo esperado y, día tras día, mi estancia en el trabajo se prolongaba más y más, de una forma sutil pero constante, como esos pensamientos malignos que van anidando en el alma sin apenas darnos cuenta.

El edificio que albergaba la Sede Institucional era una construcción inmensa y carismática. El inmueble se situaba en la zona baja de la ciudad, justo al borde del barranco Guiniguada, en un enclave histórico que hoy en día lucía ocupado por una lengua de asfalto vulgar y anodina. La edificación tenía

una arquitectura regia de principios del siglo pasado, de dos pisos de altura y una disposición simétrica en torno a una majestuosa entrada de doble escalinata coronada por un templete cilíndrico. Decenas de ventanas rectangulares se repartían por la fachada, pintada ahora de un color verde bastante característico. Sin duda, trabajar en aquel emblemático edificio era un privilegio. No en vano, había cumplido ya cien años y sus paredes y techos habían sido testigos mudos de la historia reciente de la ciudad. Como todas las construcciones antiguas, el Rectorado tenía su propio lenguaje, audible a medida que se iba vaciando del bullicio diario y se iba llenando del silencio nocturno. Crujidos, chirridos, ecos, chasquidos, goteos, susurros y lamentos emitidos por goznes sin engrasar, maderas antiguas y tuberías obsoletas. Reconozco la inquietud que experimentaba cuando me sabía a solas en la segunda planta del edificio. El único agente de seguridad permanecía apostado abajo, junto a la entrada. Tendría que recorrer un pasillo entero, abrir la enorme puerta de acceso al ala B y subir tres tramos de escalera antes de acceder al segundo piso, para después recorrer un nuevo pasillo y llegar hasta donde yo estaba. Efectivamente, a determinada hora de la tarde, cuando la luz iba perdiendo la batalla a las tinieblas de la noche, me sentía aislado en esa inmensidad de cemento y granito. Ante tales circunstancias, aguantaba hasta el límite las ganas de ir al servicio. Una sensación de desasosiego anidaba en mi garganta al escuchar el sonido de mis pasos retumbando contra las paredes y los enormes techos. Andaba los pasillos con el alma encogida cada vez que afrontaba los ángulos ciegos entre módulos. Observaba cómo mi sombra se alargaba y encogía, deformándose de manera grotesca por efecto de las luces que me acechaban desde lo alto, y me estremecía al contacto helado de la cerradura del baño. Pero el deber era más fuerte que el temor y en aquel ambiente echaba las horas, completando un trabajo para el que no estaba preparado pero que haría a toda costa. Yo no era de los que juraban un cargo a la ligera.

La noche en la que todo empezó, la noche que se llevó los cimientos de mi cordura, la noche que cambió mi destino, aquella noche era oscura. Muy oscura. Recuerdo haber mirado a través de las ventanas que daban al patio trasero y contemplar un cielo negro sin luna y sin estrellas. Fuera soplaba el viento, arrastrando las hojas muertas de los árboles como si fuera un barrendero invisible. Un sonido seco me sobresaltó, sacándome de mis tareas. Una resonancia que se fue extendiendo por todo el edificio dejando ecos infinitos que no terminaban de silenciarse. Miré mi reloj y comprobé que aquel sonido debió ser el propio del cierre de las enormes puertas de entrada. Sin duda, el viento había

contribuido a dar un enorme portazo. Alguien debió dejarse alguna ventana abierta, creando una corriente de aire que explicaría, además, el frío que hacía en la estancia. Al salir le diría al agente de seguridad que fuera más cuidadoso. Aquel pensamiento me tranquilizó y, decidido, intenté volver a mis quehaceres. Pero mi corazón no retomaba su ritmo normal. Tenía las manos y los pies helados. Un sudor frío empapaba mi espalda y veía cómo mi aliento se condensaba en los labios con cada exhalación, como si me encontrara en la sala de refrigeración de una morgue. Me obligaba a mirar la pantalla del ordenador, sabiendo que si levantaba la mirada hacia la puerta y el pasillo me encontraría con algo que no quería ver. Notaba la boca seca y la lengua se me pegaba al paladar, atrapada como un caballo en una ciénaga. No sabría decir cuánto tiempo pasé mirando el cursor del ordenador parpadear en la pantalla, tragando saliva a duras penas y rezando en silencio para que aquello que fuera que me estaba observando se fuera. Los segundos caían inexorables y una presión en mis sienes amenazaba con aplastarme el cráneo. Por fin, elevé la mirada por encima del monitor, y lo que vi resquebrajó para siempre el fundamento de mi juicio. Se trataba de una mujer menuda, de aspecto delgado y consumido. Vestía una falda blanca que se agitaba parsimoniosamente a escasos centímetros del suelo. Una camisa de manga larga y color azul era rematada en los puños por unos trozos de tela blancos, y cubría el pecho un peto también blanco con una cruz roja en la parte frontal. Me pareció que se trataba de algún tipo de uniforme sanitario muy antiguo, probablemente de una enfermera. Contuve el aliento mientras asimilaba lo que estaba viendo, y me sentí desvanecer cuando observé la cara. Una piel pálida y fina se pegaba a los huesos del cráneo como el papel húmedo al cristal, dándole a aquel rostro una apariencia estática y agónica. La boca entreabierta carecía de dientes, y unos labios desecados como ramas de sauco dibujaban un quejido ahogado. La nariz, fina como el canto de una piedra, ascendía en un rostro angulado de aspecto severo y vil. Al mirar los ojos supe que jamás volvería a ser el mismo. Que aquella mujer —o lo que fuera— se había llevado los colores de mi alma para dejarla pintada de un gris desteñido y moribundo. Dos cuencas vacías se abrían como dos pozos siniestros en mitad de la cara. Insondables, oscuros y abisales. Unos cabellos rubios y ondulados se agitaban al mismo son de la falda, y una cofia blanca con forma de boina y aspecto militar coronaba la cabeza de aquella aparición. No soy capaz de decir cuánto tiempo estuvo *aquello* observándome, flotando sobre el suelo, agitado por una brisa sobrenatural y fría, de procedencia indeterminada. Un halo iridiscente difuminaba el contorno de la aparición, que se transparentaba permitiéndome observar incluso los cuadros que decoraban el pasillo situado enfrente

de mi puesto de trabajo. Sin previo aviso, giró su cuerpo volátil noventa grados y sin dejar de mirarme a través de aquellos huecos negros, desapareció más allá del quicio de la puerta del despacho. Fue como si todo se pusiera en marcha de nuevo, como un tocadiscos que arranca la reproducción de un disco de vinilo, arrastrando la música deformada hasta devolverla a tu tono original. Sentí el calor volviendo a mi aliento, la sangre corriendo de nuevo desbocada por mis venas y arterias y mis oídos —taponados hasta ahora como si hubiera estado sumergido a gran profundidad— emitían un pitido agudo que resonaba dentro de mi cráneo como si de una señal de alarma se tratara.

Me pasé aquella noche sin pegar ojo, tumbado en el sofá de casa con la televisión y las luces encendidas. Incapaz de moverme en mi propio hogar, paralizado por el miedo. No me atrevía a mirar dentro de ninguna habitación, ni enfrentarme a ningún espejo. Ni siquiera era capaz de cerrar momentáneamente los ojos por temor a abrirlos y verla a *ella* flotando con su uniforme de enfermera, mirándome a través de los grotescos huecos de su cara. El alba vino al fin para acabar con mi estado tortuoso de duermevela. Con la luz del día todo lo ocurrido la noche anterior parecía un mal sueño. Algo irreal creado por la imaginación en las calderas del subconsciente. Nunca había tenido experiencias paranormales de ningún tipo y, desde luego, mi posición respecto al tema era más bien escéptica. Siempre supe que la moneda de la ouija la movía alguno de los críos mayores que nos animaban a *jugar* con el ánimo de vernos muertos de miedo. Al fin y al cabo, me consideraba un hombre de ciencia, aunque siempre fui más de Mulder que de Scully. Animado por un café bien cargado y por las noticias monótonas de la radio, me preparé para volver al trabajo. A pesar de que estaba deseando atender mis labores investigadoras en el seno de mi Departamento, las obligaciones del cargo me devolvían a la Sede Institucional. Reconozco que la ansiedad y el nerviosismo se iban apoderando de mi espíritu a medida que me acercaba al edificio. Tenía la cara de la enfermera grabada en mi cabeza y no conseguía olvidar los agujeros negros que hacían las veces de ojos. Accedí al Rectorado a través de uno de los brazos de la escalinata y me detuve de repente ante una placa colocada a un lado de la puerta exterior. Había pasado por delante de ella decenas de veces, pero no la había leído hasta hoy: “Este edificio fue sede del Instituto Pérez Galdós entre 1925 y 1932. Primer centro público de Segunda Enseñanza de la provincia de Las Palmas. En el centenario de su creación (1916 – 2016)”. Sin duda, aquél era un edificio histórico pero, ¿qué había sido de él después del año treinta y dos? Al fin y al cabo, solo tuvo uso docente durante siete años. Con este pensamiento inicié mi quehacer diario en el

cargo: reuniones, gestiones telefónicas, papeleo, responder correos electrónicos, resolver problemas y desatascar asuntos. Apenas tuve tiempo de pensar en el encuentro sobrenatural del día anterior, que parecía haberse diluido en mi recuerdo como la sal en el agua hirviendo. Cuando por fin tuve un respiro —entrada ya la tarde y tras haber comido frugalmente en la cafetería del edificio— me senté delante del ordenador y busqué en internet algo de información acerca de la Sede Institucional. Me sorprendió gratamente comprobar cómo el Vicerrectorado de Cultura había creado un díptico divulgativo titulado “Conoce nuestra Sede Institucional”. Se trataba de un documento breve de dos páginas que incluía una foto en blanco y negro del edificio. Leí. Leí. Leí hasta notar cómo la sangre se redistribuía en mi cuerpo, huyendo de mi piel hasta dejarme blanco como el papel. No podía ser una casualidad. Mi corazón latía con fuerza y noté cómo de nuevo el tocadiscos se paraba, y la música se enlentecía y se deformaba hasta el silencio. “En 1937, y sin cambiar su arquitectura, el edificio se transformó en Hospital Militar” —decía el escrito—. Hospital Militar. Hospital Militar. Hospital. Enfermera. Hospital. Enfermera. Cuencas vacías en la cara. Hospital. Labios desecados como ramas de sauco. Enfermera. Cofia blanca con forma de boina y aspecto militar. Hospital Militar. De repente, toda la ensoñación del día anterior regresó a mi mente con un realismo extremo. En mi cabeza se formó una ola de temor que amenazaba con ahogarme. Un torbellino de espanto que me engulliría sin remedio y me arrastraría a los confines de la lucidez. Un remolino de horror que me golpearía sin piedad y destruiría las defensas de la cordura.

Lentamente volví en mí. Luchaba por quitarme de encima toneladas de arena que ahogaban mi conexión con la realidad. Notaba la boca pastosa y los párpados pesados. Me había desmayado. No sabría decir durante cuánto tiempo, pero fuera, la noche le había ganado la partida diaria al día y el cielo se cernía oscuro sobre las ventanas del Rectorado. Me incorporé lentamente desentumeciendo la musculatura del cuello. Delante de mis narices tenía el teclado del ordenador y el montón de papeles con el que estaba trabajando. Toqué el ratón, y la pantalla —negra como el cielo que se veía en el exterior— retornó a la vida como si fuera la criatura del Dr. Frankenstein, mostrándome la última página que había estado visualizando antes de perder la conciencia. “Conoce nuestra Sede Institucional”. Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor y tuve que hacer esfuerzos por controlar la náusea y evitar el vómito. Respiraba agitadamente, hiperventilando. Inhalación. Exhalación. Inhalación. Exhalación. Era incapaz de levantar la mirada de las letras blancas que conformaban el teclado. Me centraba, sin saber muy bien por qué, en la letra F. Inhalación. Exhalación. F de Francia. Inhalación. Exhalación. F de

fantasía. El aliento se condensaba con cada exhalación, y de mi boca salía una humareda blanca que se esparcía en volutas contra el ordenador. Inhalación. F de fábula. Exhalación. F, de fantasma.

Sabía que *ella* estaría allí. Con su cofia blanca en la cabeza, flotando sobre el suelo con su uniforme de enfermera de hace cien años. Un terror morboso hizo que mis ojos miraran más allá de donde me encontraba, para enfrentarme a aquellas cuencas abisales que me observaban desde más allá de la cara del espíritu. Lentamente, el espectro levantó la mano y me hizo un gesto que interpreté como amistoso. *Ven* —oí que decía en mi cabeza—. Al levantar la extremidad pude observar la piel apergaminada que cubría su mano, delgada como la tez de una cebolla, tan pálida que dejaba traslucir un entramado de venas azuladas que se distribuían finas y entremezcladas como las raíces de las azucenas. *Ven* —oí que me repetían—. Y fui. Me levanté de la silla y fui tras el fantasma. Con cada exhalación, una bocanada de aliento condensado. *Ella* se movió en dirección al pasillo central del ala del edificio en la que me encontraba. Una especie de niebla cubría todo, dándole a la estancia un aspecto irreal. Una bruma que se espesaba por momentos, amenazando con dejarme a ciegas y en compañía de aquel ser sobrenatural. El frío se intensificaba, como si estuviera metido en una nevera industrial. Poco a poco, la niebla fue disipándose. *Ella* seguía allí, a corta distancia y observándome. A mi alrededor, la decoración propia del Edificio Institucional había cambiado. El suelo estaba ahora decorado por baldosas con forma de rombo, que se alternaban en blanco y negro formando un mosaico repetitivo y desquiciante. El techo dejaba ver vigas de madera que se distribuían de forma paralela de lado a lado del pasillo. Aquí y allá, un largo y fino cable se descolgaba desde la cubierta y terminaba en una bombilla de escasa potencia rematada por un plafón circular de aluminio. A derecha e izquierda, hileras de camas se distribuían de forma ordenada. Eran camas con cabeceros de hierro pintados de blanco. La pintura desconchada era un reflejo del uso de los catres. Parecía que estaba en una especie de sanatorio. Me encontraba inmerso en la rutina propia de un hospital antiguo. Varias enfermeras como *ella* pasaban a mi lado sin mirarme, ajetreadas con los quehaceres propios de su profesión. Los enfermos aparecían encamados, unos al lado de otros, con la mirada perdida en el techo, la boca entreabierta y el pelo desordenado. Una enfermera pasó tan cerca de mí que atravesó parte de mi cuerpo. Un escalofrío congeló las entrañas de mi ser y mi mente bajó un escalón más hacia la demencia. La enfermera llevaba del brazo a un paciente poco común. Avanzaba encorvado y con aire huidizo, como un animal asustado que fuera capturado por enésima vez, y que regresaba resignado a

su cautiverio. Movía la cabeza hacia los lados con gesto nervioso y llevaba puesta una camisa de fuerza que le inmovilizaba los brazos. Debía encontrarme por tanto en la zona de psiquiatría de la institución. A pesar de contemplar todo con claridad, ningún sonido llegaba hasta mí más allá de los latidos de mi corazón. Alguien gritó en una de las camas. Lo sé porque aquel gesto no podía significar otra cosa. El paciente empezó a golpearse la cara con sus manos, a arañarse el rostro y a convulsionar en el colchón. Veía claramente las venas abultadas en el cuello y los ojos inyectados de ausencia. *Ven —me decía ella—*. Avanzábamos en silencio a través del pasillo, ajenos al drama que se vivía allí dentro. Otra enfermera entró corriendo pasillo adelante, enarbolando una jeringuilla de vidrio con algún líquido calmante en su interior. El paciente se resistía y otros internos parecieron verse contagiados por el acceso de ira del primero. Media docena de nuevas enfermeras entró a la carrera, portando varias camisas de fuerza, nueva medicación y bridas de cuero para sujetar a los psicóticos a la cabecera de sus catres. Nos acercábamos al final de la hilera de camas, llegando a la escalera que conecta la planta superior con la inferior. En la última cama había un paciente, recostado sobre una almohada, ajeno al revuelo que había montado a su alrededor. Tenía una libreta entre sus manos, apoyada en las rodillas que, flexionadas, le servían de pupitre improvisado. Escribía algo de forma convulsiva, muy concentrado en lo que estaba haciendo, con el ceño fruncido y los labios apretados. *Ella* avanzó hasta situarse a los pies de su cama. *Él* levantó sus ojos del papel y la miró primero a *ella* y luego... Luego a mí. Me sobrecogí al comprobar el gran parecido que tenía conmigo. Por un momento, fue como si estuviera mirándome a través de un espejo, reflejando una imagen de casi cien años de antigüedad. *Él* parpadeó, como intentando desechar la tristeza y la desesperanza de su mirada. Dejó a un lado sus utensilios de escritura y se incorporó llevando en una mano algunas hojas manuscritas. Iba descalzo y vestía un pijama blanco demasiado grande para su complexión corporal. Nadie le prestó atención y el paciente abandonó la sala en dirección a un nuevo pasillo que, según la arquitectura del edificio, le llevaría a la salida exterior del segundo piso, donde se encontraba el templete cilíndrico. *Ve —dijo ella—*, invitándome a seguir al misterioso paciente escritor al que nadie hacía caso. Tal y como había previsto, salimos a la terraza exterior del segundo piso. Una brisa suave nos acariciaba el rostro. *Él* me miró. Aquella mirada triste rompió mi corazón. Sabía que era el espectador de una función macabra que estaba a punto de terminar, y saberme además el protagonista de la acción me provocaba una sensación de inquietud muy profunda. *Él* sobrepasó la cornisa y se colocó al borde, agarrando las hojas manuscritas con una mano y apartándose el pelo con la otra. Por un momento pareció dudar, y pude

ver un atisbo de lucidez en sus ojos, que eran también los míos. Un instante después saltó al vacío y un puñado de hojas manuscritas cayó desordenadamente tras él, esparciendo tinta y desesperanza por el pavimento.

Salí corriendo escaleras abajo. El sonido de mis pasos retumbaba contra los techos altos del edificio. Llegué a la planta baja y abrí de un golpe el portón de madera regia que me daba acceso al pasillo lateral. Llegué por fin al hall de entrada del Rectorado, situado bajo el templete, y vi al agente de seguridad que me pedía explicaciones y parecía decirme que me calmara. La escena transcurría bajo una gran tensión pero se desarrollaba como a cámara lenta. Tiré del picaporte y la puerta cedió, pesada y remolona como la tapa de un ataúd. Salí al exterior y me asomé a la balastrada de mármol. Bajé por una de las escalinatas laterales y desesperado, comencé a recuperar mis hojas manuscritas antes de que el viento se las llevara y las hiciera desaparecer para siempre.